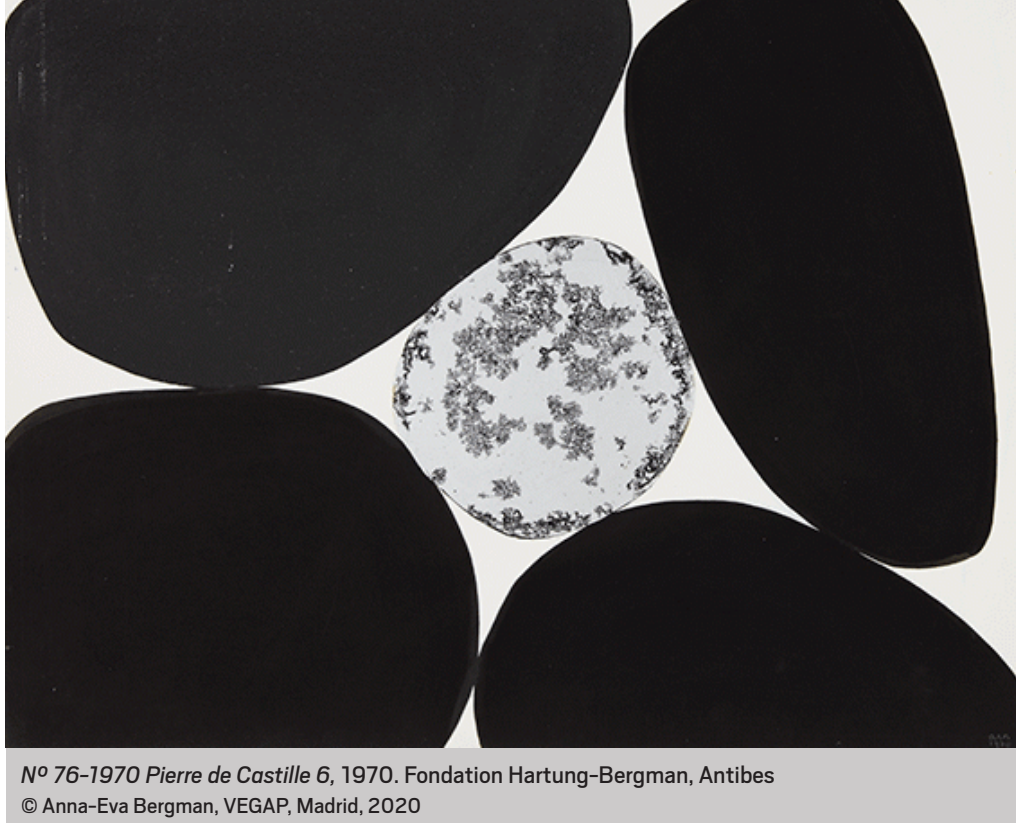


Exposición 22 de octubre de 2020 – 4 de abril de 2021

Parque del Retiro, Palacio de Velázquez

Anna-Eva Bergman

De norte a sur, ritmos



Nº 76-1970 *Pierre de Castille 6*, 1970. Fondation Hartung-Bergman, Antibes

© Anna-Eva Bergman, VEGAP, Madrid, 2020

“La pintura abstracta es describir la vida de los colores, su conformidad con las leyes de la naturaleza, su ritmo y su forma”

Cuaderno de 1950, Anna-Eva Bergman

La obra de Anna-Eva Bergman (1909-1987) se articula a partir del “ritmo”, elemento que considera esencial como parte estructural de la pintura: un ritmo fruto del empleo de determinadas materias —hojas de metal, pan de oro, plata o cobre—, formas, líneas y colores. Desde 1950, su atención se focaliza en la abstracción como forma de expresión y es entonces cuando el paisaje se convierte en un referente formal en su obra: motivos naturales, mitología escandinava —piedras, planetas, montañas, barcas— o la luz noruega.

Aunque su relación con España se inicia en 1933, cuando se instala durante un año en Menorca junto a su pareja, Hans Hartung, será su viaje a Andalucía, en concreto al municipio almeriense de Carboneras, en 1962, el más determinante para su obra. Allí, conmovida por la belleza de sus paisajes, comienza a elaborar sus primeros horizontes, motivo que retomará al reencontrarse con los paisajes noruegos. Este vínculo entre Noruega y España —norte y sur— desemboca en una formalidad semejante entre ambos paisajes, pero que adquieren tonalidades y una representación de la luz muy diferentes.

Es también recurrente en la artista el motivo de las piedras, que comienza a aparecer en su obra a partir de una estancia en Noruega en 1951, y que retoma a principios de la década de 1970 cuando recorre el interior de la península ibérica, como atestigua su serie “Piedras de Castilla”.

Esta muestra se centra en una amplia selección de las obras realizadas por Bergman entre 1962 y 1971, coincidiendo con esa serie de viajes a España y Noruega. Durante sus viajes toma, además, una gran cantidad de fotografías que utiliza como rastro, memoria o recuerdo, de modo que los paisajes son representados a partir de la distancia entre la pintura y lo percibido, transformado con el paso del tiempo.



Nº 36-1969, 1969. Fondation Hartung-Bergman, Antibes

© Anna-Eva Bergman, VEGAP, Madrid, 2020

Su construcción pictórica parte de un proceso de sedimentación que tiende a trascender la superficie a través de la inmediatez de la forma, el uso de grandes formatos o el añadido de capas de distintos materiales que cubren una espesa pintura previa o que, en algunos casos, la artista barnizaba para modificar su aspecto y conseguir una mayor densidad. Las capas se entremezclan y modifican la percepción del color en función de la luz. La alternancia de esos materiales con formas, líneas y colores es lo que Bergman consideraba el “ritmo” estructural antes mencionado. Esta técnica otorga un relieve y un dibujo solamente visibles con los reflejos luminosos del metal, y crea una experiencia física que imprime el sentimiento de lo infinito en lo finito. La intensa relación con el paisaje se acaba centrando en los elementos que constituyen y animan la naturaleza —aire, fuego, agua, tierra—, en un intento de atrapar lo inmaterial en la materialidad de la obra.

Esta tendencia a la apertura del espacio pictórico inscribe a la artista en la línea de la representación del paisaje propia de la abstracción norteamericana de autores como Mark Rothko —que Bergman conocía muy bien— y, en definitiva, en la tradición del Romanticismo nórdico. Pintores románticos como Caspar David Friedrich o J.M.W. Turner expresaban experiencias como la infinitud o lo divino a través del paisaje como la mejor expresión de “lo sublime”. Y como ocurre en el expresionismo abstracto, la obra de la artista permite encontrar en la abstracción la experiencia de aquel infinito proporcionado por la naturaleza.

Debo estar totalmente libre y sola, pero sobre todo necesito mucho tiempo: nada de tareas domésticas ni demás preocupaciones, solamente debo ocuparme de mi trabajo personal y también de mi tiempo para descansar (carta de separación a su marido Hans Hartung, 14 de abril de 1937).

Hay un motivo que se me presenta frecuentemente en mi pintura y que me cuesta reprimir, el horizonte. El horizonte significa para mí la eternidad, el infinito, aquello que está más allá de lo conocido, aquello que da paso a lo desconocido. Cuando contemplo mis horizontes, estos despiertan en mí un deseo nostálgico. Sin embargo, ¿un deseo de qué? No consigo discernirlo. Vive en mí, pero no sé describirlo.

El horizonte es el límite de la experiencia humana que nos es común; un límite que intento sobrepasar, una experiencia que intento ampliar. Tal vez esa vivencia puede ser entendida como una “experiencia pura de la Naturaleza”, ...

La pintura abstracta es describir la vida de los colores, su conformidad con las leyes de la naturaleza, su ritmo y su forma.

La línea es el esqueleto indispensable de la pintura, pero ¿por qué se ha de utilizar la línea para dibujar los contornos? ¿No es acaso el ritmo mucho más importante? No existen los contornos, solamente hay transiciones de una cosa a otra, de la luz a la oscuridad, de un color a otro. Los contornos son limitaciones y existe un mundo sin limitaciones donde la pintura es un mundo en sí misma sin otro límite que el exterior del marco.

Sueño con la provincia de Finnmark y con el norte de Noruega. La luz me extasía; se presenta por capas dando la impresión de varios espacios que están al mismo tiempo muy cerca y muy lejos.

Anna-Eva Bergman

Exposición organizada por Bombas Gens Centre d'Art/Fundació
Per Amor a l'Art y Fondation Hartung-Bergman, en colaboración con el
Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía

FUNDACIÓ
PER AMOR A L'ART

BOMBAS GENS
CENTRE D'ART

Fondation
hartung
bergman

MUSEO NACIONAL
CENTRO DE ARTE
REINA SOFÍA



GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DE CULTURA
Y DEPORTE

Programa educativo
desarrollado con el patrocinio de:

Santander
Fundación